

mogénea de los miembros de la Iglesia. Esto podría dar ciertas pistas para comprender mejor la actuación posterior de la Iglesia y sus diferencias para enfrentar los problemas que ha tenido como institución.

En este sentido, el autor muestra que el tema no se ha agotado; él mismo da cuenta de las lagunas que impiden el cuadro completo de la Iglesia en la época borbónica novohispana. Entre otras ausencias señala, por ejemplo, las repercusiones de la secularización en las órdenes religiosas, un acercamiento más profundo a la religiosidad popular o la conformación de los cabildos catedralicios.

Este tipo de estudios permitiría esclarecer el papel de la Iglesia en las reformas borbónicas y durante la guerra de Independencia, temas que han comenzado a ser buscados por otros medios. Tales acercamientos se han producido por medio de los sermones conservados hasta la fecha y que abarcan la actuación de las capas más altas de la jerarquía eclesiástica, desde la época de las reformas borbónicas hasta la reforma.

Desde nuestra perspectiva sería necesario hacer también una minuciosa búsqueda en otras expresiones de las capas medias y bajas de esta institución, así como abordar de manera más metódica los antecedentes inmediatos a este periodo, muy descuidado por los historiadores. Éste ha sido cubierto, de manera absurda, con generalizaciones sin fundamento que oscurecen la visión de lo que sucede en los siglos resplandecientes de la época colonial: el XVI y el XVIII. A pesar de que Brading aborda en algunos momentos

este periodo, su acercamiento sólo puede ser señalado como un intento preliminar que, para el caso de Michoacán, ojalá sea cumplido por él o por algún otro historiador que recurra a las fuentes que existen en algunos archivos de México y del extranjero.

Guillermo A. Nájera Nájera
UAM-IZTAPALAPA/CONACYT

Mark Wasserman, *Persistent oligarchs, elites and politics in Chihuahua, Mexico, 1910-1940*, Duke University Press, Durham, 1993, 265 pp.

Un tema controversial dentro de la historiografía mexicana es, sin duda, el de la sobrevivencia o muerte de la elite económica porfiriana, debido al parentesco que tiene con el debate revisionista sobre el carácter verdaderamente revolucionario o no de la revolución mexicana. No obstante la trascendencia del asunto, la historiografía no lo ha abordado con la profundidad necesaria, sobre todo si comparamos la cantidad de títulos disponibles con el alud de obras dedicadas al origen y al curso de la revolución mexicana. Afortunadamente, el historiador norteamericano Mark Wasserman nos narra ahora esta historia desde la perspectiva regional de Chihuahua. Vale señalar que otros han incurrido en la materia directamente: Alex Zaragoza en *The Monterrey elite and the Mexican State, 1880-1940* (Austin, 1988), Emilio Zebadúa en *Banqueros y revolucionarios: la soberanía finan-*

ciera de México, 1914-1929 (México, 1994), Stephen Haber en *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940* (México, 1992), y, tangencialmente, Leticia Gamboa en *Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla, 1906-1929* (Puebla, 1985).

Pero Wasserman no sólo nos cuenta la forma como sobrevivieron las viejas elites chihuahuenses, sino también, simultáneamente, la manera como se forjaron las nuevas. Precisamente porque atiende con detenimiento la estrecha relación entre la política y los negocios, a lo largo de los 40 años que recorre aparecen los nuevos y los viejos empresarios. Los primeros, denominados por él *filibusteros*, fueron jefes revolucionarios que amasaron su fortuna mediante el tráfico de influencias y la corrupción. Así, Wasserman documenta un proceso cuya importancia, aunque ha sido percibida por los historiadores, no ha sido trabajada consistentemente, con la salvedad de algunos artículos de Alicia Hernández (en *Historia Mexicana*, 1984), de Hans Werner Tobler, (en *Historia Mexicana*, 1984), de Mario Ramírez Rancaño (*Revolucionarios fueron todos*, México, 1982) y parcialmente el libro de Nora Hamilton, *México: los límites de la autonomía estatal* (México, 1982).

El eje alrededor del cual gira la argumentación central, que explica la permanencia de las viejas elites y su alianza con los políticos locales, es la coincidente vocación empresarial de la vieja burguesía y los revolucionarios. Éstos eran en su mayoría "capitalistas con una creencia firme en la

propiedad privada", de modo que resultaba natural su pacto con la oligarquía porfiriana. La recomposición de la elite chihuahuense del antiguo régimen dependió, de acuerdo con el autor, de otros tres elementos: 1) la necesidad del país de reconstruir su economía, 2) la oportunidad política que se les presentó y 3) la similitud de sus visiones sobre la autonomía regional.

El ingrediente económico responsable de la sobrevivencia de algunos miembros de la oligarquía de viejo cuño fue la diversificación de sus carteras; entre más plural fuera su participación en la economía, entre menos monopolizada estuviera su fortuna en la tierra, más fácilmente enfrentaban los embates revolucionarios. A pesar de que los nuevos gobernantes eran defensores de la propiedad privada, sabían que no podían gobernar sin la aceptación de las masas. Así, las reformas agraria y laboral fueron utilizadas por los sonorenses como mecanismo de legitimidad política y, en este sentido, los grandes terratenientes perdieron el sitial privilegiado que ostentaron durante el porfirismo. Naturalmente, el ritmo de las reformas orquestadas por Obregón y Calles fue variable y aumentó su intensidad ante las amenazas de desestabilización que emprendieron sus viejos compañeros de armas; por eso aquellos empresarios, prioritariamente latifundistas, fueron condenados a muerte por la sociedad posrevolucionaria. Aunque desde luego hubo hacendados, como bien señala Wasserman, que con diversos subterfugios y artimañas recuperaron parte de sus antiguas haciendas, como

los Terrazas, que volvieron a adquirir alrededor de una quinta parte de las tierras que antes eran de su legendario latifundio en Chihuahua. El trabajo sigue sobre todo la trayectoria de la familia Terrazas que, a juicio de Wasserman, es paradigmática de la historia de la vieja elite. El clan Terrazas-Creel no participó directamente en política, como lo hizo durante la dictadura, pero sí emprendió nuevos y rentables negocios, incluso Enrique Creel fungió como asesor bancario del gobierno durante las décadas de 1920 y 1930.

Los métodos que empleó la oligarquía para sobrevivir fueron la violencia, la maniobra legal, el fraude, la cooptación, el soborno y la utilización de distintas organizaciones gremiales locales y nacionales. Las formas de enriquecimiento de los caudillos revolucionarios fueron el secuestro de propiedades, los matrimonios con familias adineradas, el apoderamiento de préstamos irredimibles en los bancos estatales, el peculado y la corrupción. Al final de la década de 1920 unos y otros formaron una alianza para enfrentar los ánimos centralizadores del poder federal. A medida que los revolucionarios se hicieron hacendados y se establecieron en sus territorios, se volvieron más conservadores y, en la misma medida, aumentó su afinidad con la oligarquía porfiriana. Ésta no participó en política detentando puestos, aunque sí influyó a través de sus aliados, los políticos revolucionarios locales, y de sus diferentes asociaciones gremiales; cuando no fue incorporada dentro de las filas del Partido Nacional Revolucionario (1929), utilizó meca-

nismos informales para hacer política y, más adelante, algunos de sus miembros participaron en la fundación del PAN.

Los casos de antiguos empresarios tratados por Wasserman son: los Terrazas-Creel, los Luján, los Zuloaga y los Falomir; los de la burguesía *revolucionaria* son: los Quevedo, los Almeida, los Enríquez, los Chávez y, tangencialmente, se refiere a los nuevos empresarios chihuahuenses que no provenían ni del régimen porfirista ni de las filas revolucionarias: los Vallina, los Bermúdez y los Borunda. Sin embargo, es pertinente aclarar que quien busque una exposición detallada del devenir empresarial de las familias mencionadas no lo va a encontrar en esta obra, que traza con grandes pinceladas las principales actividades económicas desarrolladas por ellas, y hace hincapié en los mecanismos que los porfirianos utilizaron para sobrevivir y que los revolucionarios emplearon para enriquecerse.

El recorrido histórico trazado por el autor se fundamenta en un enorme trabajo de documentación sobre fuentes primarias contenidas en los principales archivos públicos y privados de México y Estados Unidos, en una vasta hemerografía local, en publicaciones oficiales y en una nutrida gama de fuentes secundarias. No se consultaron archivos privados de las familias en cuestión, salvo el de Silvestre Terrazas —familiar de los famosos Terrazas—, quien en realidad fue un intelectual, no un empresario. En siete capítulos Wasserman condensa la historia de Chihuahua y la de las viejas y nuevas elites. En el octavo capítulo hace un

análisis comparativo entre lo sucedido en Chihuahua y el resto del país, donde discute los alcances y límites de la revolución mexicana. Contiene además un breve apéndice con tablas es-

tadísticas sobre Chihuahua y la economía nacional.

Ma. del Carmen Collado H.
INSTITUTO MORA